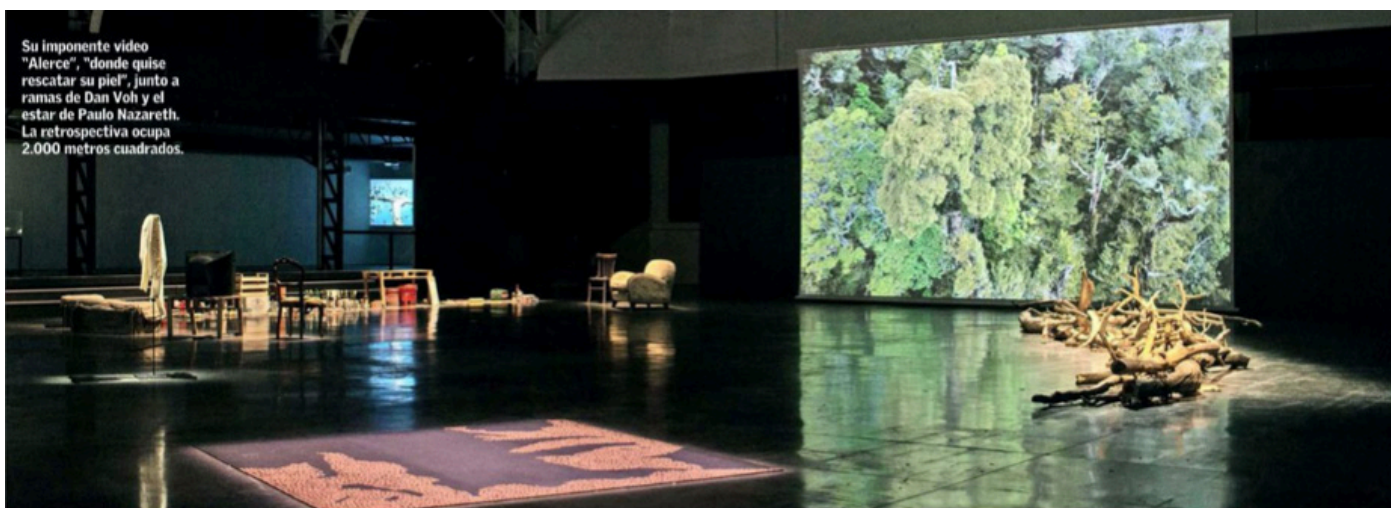


ENTREVISTA | Artista marca pauta en escena internacional

ENRIQUE RAMÍREZ inauguró gran retrospectiva en Francia

Uno de sus proyectos emblemáticos lo hizo en un barco ruso con tripulación ucraniana. Fue elegido el mejor artista joven en Francia; lo invitaron a la muestra principal de Venecia en 2017. Ahora, acaba de abrir su primera retrospectiva en Europa —con la curadora de la Colección Pinault—, en la que dialoga con protagonistas de la escena mundial. Desde Lucerna, habla con nosotros.



Viajó en un barco de armadores rusos con toda la tripulación ucraniana, durante 25 días, para su proyecto "Ocean": un filme visual y sonoro, de ficción y poético, que le tomó años de producción. Se convirtió en el primer proyecto de arte con una cámara en movimiento en tiempo real, de principio a fin y que cruzó el Atlántico. "Fue de Valparaíso a Dunkerque. Uno de los viajes más lindos que he hecho, fue hace ocho años. Recuerdo que la tripulación ucraniana estaba agotada, llevaban más de seis meses en el mar. Fue un viaje muy introspectivo, silencioso, amistoso, con hombres llenos de ansias de volver a su tierra... A esa tierra de Ucrania que hoy está destrozada". Ese filme, dividido en capítulos, es del Museo de Arte Moderno de Nueva York (la Fundación de Juan Yarur lo donó), cuenta Enrique Ramírez Figueroa (1979), el artista visual chileno joven de mayor gravitación, hoy, en el exterior.

En la exposición principal de la Bienal de Venecia 2017 sorprendió: tuvo una enorme sala donde exhibía un filme sobre un extraño caminante que atravesaba el altiplano, se movía entre nubes y al borde de precipicios, impregnando de poesía y suspenso a los espectadores. Tenía 36 años. Fue elegido el artista joven de más interés en Francia. Este hijo de un fabricante de velas en Chile, quien se formó en cine y arte, siguió explorando mundos y paisajes, y al ser humano en su interior, en sus miradas y sentimientos. En 2020 se convirtió en uno de los cuatro finalistas del Premio Duchamp. Exhibió en el Pompidou. Y desde 2021 integra la famosa colección Pinault, que inauguró el año pasado un nuevo y gran museo en el edificio de la antigua Bolsa de Comercio de París, además de los dos museos que tiene en Venecia.

Pero ahora está en el punto más alto de su carrera: inauguró una retrospectiva en 2.000 metros cuadrados en el Centro de Arte de Le Fresnoy, en Francia. Una inusual exposición en la que decidió —junto a la curadora de la Colección Pinault—, hacer dialogar 20 trabajos suyos de envergadura

“Crear un paisaje sonoro es un proceso meditativo”.

(varios que le toman años) con piezas de artistas de la escena internacional como Antoni Muntadas (Premio Velázquez), Nina Canell, Danh Vo y hasta piezas del maestro uruguayo Torres García. Mientras en Chile exhibía, con excelente crítica, en la Bienal de Medios en el Museo Nacional de Bellas Artes y en el Museo de Arte Moderno de Chiloé.

Sus creaciones de particular estética —filmes, videos, instalaciones, fotografías— conllevan una reflexión del proceso creativo y de los significados ecológicos, políticos, históricos y filosóficos de la actualidad. Se cuestiona y lleva a cuestionarse, con poesía y belleza, desde dónde miramos el mundo. Con una naturalidad y sencillez genuinas, y con un aspecto de estudio que recuerda en algo al "profesor" de "La Casa de papel", junto a una eficiencia poco común en el mundo del arte, habla con Artes y Letras desde Lucerna, Suiza, en medio de proyectos.



"Las estrellas caen como fuego", fotografía y vela. El viaje y el mar son motivos constantes.



"La tripulación ucraniana estaba extenuada. Querían volver a su tierra, hoy destrozada", recuerda. Imagen de "Ocean".

“La idea de la exposición es desde dónde miramos el mundo”.

¿El poder del arte?

—Uno de sus temas es el de los refugiados y conoce bien a los ucranianos, ¿está pensando alguna obra sobre esa dramática realidad que están viviendo?

“Todavía es temprano para reaccionar con mi arte a todo lo que sucede. El problema de la migración tiene que ser hecho con distancia y no en la urgencia, no soy un artista que reacciona a los eventos en un instante. Lo único maravilloso de esta horrible invasión de Ucrania es que la solidaridad aun existe, acoger sin condiciones, solo recibir”.

—Se plantea con fuerza la cuestión del poder del arte para cambiar, incluso, perspectivas del mundo contemporáneo. ¿Qué opina?

“No creo que el arte pueda dar respuestas, soy un artista que cree que este puede invitarnos a hacernos preguntas, a cuestionar el mundo. Los artistas son como gotas de agua que pueden construir la lluvia: un arte que no se conecta al mundo no me interesa, el arte siempre está intentando tomar conciencia del mundo, intenta hacer algo. Ese algo son preguntas”.

—¿Qué obra nueva destacaría de su retrospectiva en Le Fresnoy?

“Es difícil elegir alguna, pero en la retrospectiva está el video ‘La memoria verde’, que hice para la Bienal de La Habana. Y está ‘Alerce’: un filme que realicé en el Parque nacional alerce costero en Valdivia. Es un árbol que podría hablarnos de la historia y la construcción de la humanidad y que está muy presente en la exposición en una imagen muy grande. Fue un desafío filmar un árbol tan imponente. Filmar un árbol ya no es fácil, pero quise además filmar su piel, como si miráramos nuestro cuerpo de cerca. En cambio, el filme ‘Un hombre que camina’ (que estuvo en Venecia y ahora en Le Fresnoy) fue un viaje maravilloso por el altiplano chileno y boliviano”.

“Como un gran jardín sin dirección clara”

—¿Qué criterio primó en la curatorial de obras para esta retrospectiva?

“Participaron Pascale Pronnier, curadora de Le Fresnoy, y Caroline Bourgeois, de la Colección Pinault. Y fue una experiencia muy interesante ver en terreno cómo trabajan dos mujeres increíblemente talentosas y llenas de energías por el arte y los artistas. Quisimos poner en eco algunas obras de la colección con obras más, que pudieran convivir juntas y que el público pudiera caminar como por un gran paisaje artificial”.

—Su instalación “América bajo el agua” dialoga con “América invertida”, del maestro Torres García.

“Es un símbolo importante que aborda la idea de la exposición, que es desde dónde miramos el mundo. Al medio de la sala, hay un velero invertido que hace referencia al problema migratorio en el mar y también a este mundo que se hunde... Basta con ver las noticias o seguramente la portada de este diario”.

—¿Y cuál proyecto fue más desafiante?

“El último trabajo constituye una felicidad para mí: ‘El lamento del velero invertido’. Es una serie de instrumentos, botellas salvadoras que hice en Perú. Trabajé con un artesano y buscamos que las botellas más que tener un sonido fuera como un lamento, como un barco hundiéndose, como un cuerpo que desaparece. Se unen muchos intereses míos: el sonido, el trabajo manual, el agua, el aire, la relación con un objeto y su movimiento. Además, esos objetos están montados en unos estantes motorizados que se mueven y crean una composición del lamento”.



“Caminante”, detalle del premiado filme que estuvo en Venecia, hoy en la retrospectiva en Le Fresnoy.

—Sus trabajos son especialmente sensoriales, ¿cómo plantearon la experiencia estética del espectador?

“Es una muestra que aborda la migración en todo sentido, casi todos son artistas que trabajan esa temática, como Yael Bartana, Nina Canell, Latifa Echakhch, Vidya Gastaldon, Paulo Nazareth, Danh Vo. Y buscamos hacer del espacio de exposición que tiene 2.000 metros cuadrados (en un antiguo edificio reciclado por Bernard Tschumi), un solo lugar sin muros, abierto al encuentro entre culturas, ideas, colores, sonidos. Las obras se mezclan y hablan entre ellas. Es arriesgado porque normalmente los artistas aislamos nuestro trabajo para que no se contamine visualmente con el otro, pero acá todo es como un gran jardín donde no hay una dirección clara para el espectador, sino que puede caminar en la dirección que quiere”.

—¿Y con qué otro artista visual en la exposición siente especial sintonía?

“El trabajo del brasileño Paulo Nazareth siempre me ha gustado mucho, desde que lo descubrí en la Bienal de Venecia 2013. Ha hecho del caminar su práctica artística y una de las obras que muestra son las 14 fotografías de ‘Noticias de América’ que integran el relato de un viaje extraordinario, desde Brasil a Nueva York, en el que se fotografía a sí mismo en lugares, con soldados... Daniel Steegmann Mangrané, Antoni Muntadas, Nina Canell, Danh son artistas que respeto y me gustan mucho”.

“No le tengo miedo a la belleza”

—Es muy lector y lo incorpora en su obra, ¿qué autores le importan hoy?

“Pienso en Zurita. Dostoyevski, que ahora se ha vuelto a leer mucho; pienso en Rodolfo Kusch y también estoy leyendo la poesía de Gabriela Mistral, sus cartas ‘Por la humanidad futura’. En el caso de Raúl Ruiz, cada vez que lo leo me sorprende, estoy en ‘La rafale et le Zéphyr’, de Alain Corbin, y acabo de terminar un libro maravilloso de David Toop

—¿La poesía es clave en su obra?

“Es un instrumento extremadamente poderoso para hacer tomar conciencia de lo que está frente nosotros y no queremos ver. Invita a cuestionar el mundo”.



Enrique Ramírez junto al filme “Ocean” (del MoMA), con cientos de horas de filmación. Filmó desde Valparaíso a Dunkerque con cámara continua y en movimiento.

—Y sigue fiel a la belleza con sus filmes impregnados de ella.

“No le tengo miedo a la belleza, ¿por qué habría de temerle? Vivo en Francia y vivo en Chile, como decía Juan Gelman ‘Soy una planta monstruosa. Mis raíces están a miles de kilómetros de mí y no nos ata un tallo, nos separan dos mares y un océano’. Hago lo que se me viene a la cabeza sin muchas ataduras, decidí no amarrarme pues vivimos en un mundo que nos tiene encerrados entre muros. El arte debe ser libre aunque parezca un cliché, pero es importante que así sea”.

—Es músico y acaba de citar al artista sonoro David Toop. ¿Cómo dibuja la música lo que quiere transmitir?

“Un músico profesional es mucho decir —ríe—, pero la música siempre ha estado presente en mi trabajo y hace un par de años ha venido transformándose en una parte más importante. La razón es que las imágenes me deprimen, soy un artista que hace muy pocas imágenes. Hice mi memoria de título cuando estudiaba Cine sobre ‘Las imágenes acústicas’. La idea era invitar al público a imaginar imágenes a través del sonido, aunque obviamente en la escuela fue mal acogida mi idea.

“Pero desde el punto de vista filosófico crear sonidos o un paisaje sonoro intentando imitar los sonidos que nos rodean es, en el fondo, un proceso meditativo. Respeto la presencia de lo invisible y honra la complejidad de las cosas en apariencia sencillas. Como las ramas al viento, enriquece nuestra experiencia del mundo al margen de ellos. Ese sonido se convierte en una especie de mantra andante que se imprime en todo lo que se escucha, se transforma en una imagen”.